

LESLIE CRAWFORD

*Periodismo e inmigración*

15 DE DICIEMBRE DE 2005

## **LESLIE CRAWFORD**

NACIÓ EN ARGENTINA.

EMPEZÓ SU CARRERA COMO PERIODISTA EN LA AGENCIA REUTERS, ESTANDO DESTINADA EN LONDRES Y MADRID.

EN 1990 SE INCORPORA AL *FINANCIAL TIMES*.

EN 1993 FUE NOMBRADA CORRESPONSAL PARA ÁFRICA, CON BASE EN NAIROBI (KENIA).

A FINALES DE 1994, ES NOMBRADA CORRESPONSAL EN MÉXICO Y EN 1998 REGRESA A LONDRES, DONDE SE INCORPORA A LA PLANTILLA EDITORIAL DEL PERIÓDICO, COMO DIRECTORA ADJUNTA DE LA SECCIÓN DE ANÁLISIS Y OPINIÓN.

EN JUNIO DEL 2000 ES NOMBRADA CORRESPONSAL JEFE EN ESPAÑA

HA SIDO CONSULTORA EN ASUNTOS DE DERECHOS HUMANOS PARA LA FUNDACIÓN FORD Y ES COLABORADORA DE LA COMISIÓN PARA LA PROTECCIÓN DE PERIODISTAS DE NUEVA YORK.



Cuando sugerí el tema de la charla de hoy, inmigración y periodismo, nunca pensé que fuese a ser un tema de tanta inmediatez, tan tópico. Mientras escribo, Sidney, la capital de Australia, está siendo sacudida por disturbios raciales entre bandos de jóvenes blancos que atacan a chicos de descendencia árabe, italiana y griega, y viceversa.

En Dublín, el pasado viernes (9 de noviembre), mas de 100.000 personas acudieron a una manifestación en contra de la contratación de mano de obra barata de Europa del Este que desplazará a trabajadores sindicalizados irlandeses. El foco de la protesta fue el plan de Irish Ferries, una naviera irlandesa, de contratar a 500 marineros letones por menos de la mitad del salario mínimo irlandés, desplazando así a marineros irlandeses y a su sindicato fuerte. Es la primera vez desde 1979 que hay protestas de tipo laboral en Irlanda, una de las economías más pujantes de Europa, que tiene, además, pleno empleo. Y es la primera vez, también, que los irlandeses dan indicaciones de que quieren poner límites a la liberalización de su mercado laboral.

Los suburbios de París y otras ciudades francesas, como es bien sabido, han ardido durante 20 días –fallas gigantescas que se han convertido en un símbolo de la alienación racial, y del fracaso del estado francés en integrar a sus jóvenes de origen magrebí.

Gran Bretaña también cuestiona su modelo de integración racial, conocido popularmente por el nombre de multiculturalismo –centrado en el respeto a las normas, culturas, religiones y tradiciones de su muy diversa población inmigrante– después de los atentados en Londres del 7 de Julio.

Los británicos descubrieron, para su gran horror, que los terroristas que pusieron las bombas en el metro y autobuses de Londres habían nacido y se habían educado en Inglaterra. Uno, incluso, era un profesor de primaria –un educador, quien es, en el sentido mas amplio, el transmisor de los valores y normas de una sociedad.

Más allá de la tragedia y la presencia de la amenaza terrorista, hecha realidad con los ataques de Londres, los atentados infligieron un durísimo golpe psicológico a los británicos: el enemigo estaba dentro de casa. No hay, en la lengua inglesa, una traducción fiel para el dicho español: *Cria cuervos y te sacarán los ojos*. Pero esto es, en gran medida, lo que ahora sienten los ingleses. En algo hemos fallado para crear estos monstruos.

Holanda, también, cuestiona su modelo de integración multicultural después de la muerte de Theo Van Gogh, el cineasta y crítico del Islam. Holanda tiene más de un millón de musulmanes. Van Gogh no fue la primera víctima de odio racial en su país. En 2002, Pym Fortuyn, un político de derechas, homosexual, y opuesto a la inmigración en Holanda, fue abatido a tiros nueve días antes de unas elecciones generales. El asesino fue un holandés blanco, de 33 años y de izquierdas, encolerizado por los discursos «racistas» de Fortuyn.

Políticos holandeses que han criticado el Islam, como la diputada de origen somalí Ayaan Hirsi Ali, siguen recibiendo amenazas de muerte y viven bajo protección policial. Los holandeses se preguntan: ¿podemos seguir siendo una sociedad abierta, libre y tolerante cuando esa tolerancia es usada para amenazar nuestra forma de vida?

En Alemania, el debate se da de forma más encubierta. Por razones históricas, y la pesada carga del nazismo, ni la prensa alemana ni los partidos políticos alemanes se atreven a expresar abiertamente temores o prejuicios de origen racial. Pero hay otros debates –por ejemplo, sobre la admisión de Turquía en la Unión Europea– que encubren temores sobre la inmigración no controlada y la identidad cultural de los alemanes.

En las elecciones de septiembre, el partido social demócrata alemán estaba a favor de la incorporación de Turquía a la Unión Europea, mientras que el partido de Angela Merkel, los demócratas cristianos, se oponía. Hay dos millones de Turcos en Alemania. Berlín, y el barrio de Kreuzberg en especial, se podría considerar la cuarta ciudad de Turquía por habitantes turcos. Cambios introducidos durante el gobierno de Gerhard Schroeder han facilitado que los hijos de «güestarbeiters» turcos nacidos en Alemania adquieran la nacionalidad germana. Pero gran parte de la sociedad sigue resistiéndose a aceptarlos como sus co-ciudadanos. Sin embargo, y gracias a la autocensura practicada por los partidos políticos y gran parte de la prensa germana, el debate de cómo integrar las dos culturas está ausente de la arena pública.

La inmigración y todos sus derivados –la problemática de la inmigración ilegal, el reto de la integración de comunidades de inmigrantes, las carencias de los dos modelos divergentes adoptados en Europa– multiculturalismo o asimilación a la francesa –el drama de los que buscan asilo político, el temor a que inmigrantes desplacen a europeos en sus puestos de trabajo, o que acaparen los servicios sociales, las escuelas y los hospitales de los países de acogida, la radicalización de jóvenes musulmanes

en Europa, el desconocimiento de las culturas inmigrantes, el temor al otro, el terrorismo de inspiración islámica— son ya parte de nuestro día a día.

Me atrevería a decir que es el tema social más apremiante, y más importante, de la Europa de hoy. Vivimos, para usar un cliché, en un mundo globalizado, y esa globalización ya está entre nosotros. Nuestro futuro, la convivencia de nuestros hijos, dependerá en gran parte de las respuestas que encontremos a todos estos retos.

Lo que he querido reflejar en los ejemplos que acabo de dar es que no puede haber una respuesta homogénea para los retos de la inmigración, porque tampoco hay una experiencia homogénea del fenómeno. No hay una política común europea posible, porque cada país se encuentra en una conjuntura distinta.

No es lo mismo, por ejemplo, hablar del reto de la integración en Alemania, donde un tercio de los 7.3 millones de extranjeros llevan más de 20 años viviendo en Alemania, y dos tercios llevan más de 10 años radicados en el país<sup>1</sup>, que en España, donde la inmigración es mucho más reciente.

No es lo mismo encontrar soluciones para los hijos desempleados de inmigrantes magrebíes en Francia, que diseñar políticas de integración para Irlanda o Inglaterra, donde hay pleno empleo, o cifras muy bajas de desempleo.

El problema se complica cuando el debate sobre inmigración está altamente politizado, como es el caso en Gran Bretaña, y cuando no existe consenso político o social sobre cómo enfrentar el fenómeno de la inmigración.

Las generalizaciones son peligrosas, porque la inmigración tampoco es un fenómeno monolítico. En Gran Bretaña, donde quizás exista la inmigración más diversificada de Europa, hay ejemplos de comunidades extranjeras altamente integradas y exitosas —como los australianos, los canadienses, los indios, los nigerianos y los chinos— y otras comunidades, como los bangladeshíes, los iraquíes, y los somalíes o albanos, que siguen sumidos en la miseria. Estas diferencias de adaptación al país de acogida trascienden las religiones, el color de la piel, o el continente de origen<sup>2</sup>.

Y sin embargo, no existe ni dentro de Gran Bretaña un consenso sobre cuales son los factores que determinan el éxito o fracaso de la integración de estas comunidades.

Quiero subrayar, de antemano, que no soy una experta en estos temas. Soy periodista, y mi propósito hoy es analizar el rol de la prensa en este debate —complejo, apasionante, y repleto de peligro. La prensa no sólo refleja el debate social sobre este tema, sino que muchas veces también influye en él, marca los parámetros, lo moldea.

<sup>1</sup> Trends in International Migration, Annual Report, 2004 Edition, Organisation for Economic Cooperation and Development. [www.oecd.org](http://www.oecd.org).

<sup>2</sup> Beyond Black and White: mapping new immigrant communities, Institute of Public Policy Research. [www.ippr.org](http://www.ippr.org).

Por razones culturales, me voy a centrar principalmente en la prensa inglesa, que es la que conozco mejor. Pero también porque dentro de Europa la prensa británica es quizás la más sesgada, la más proclive a mezclar reportaje con opinión, y la más irresponsable al tratar el tema de inmigración y asilo.

Quiero contrastar, también, algunos cuadros y datos que da la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico en su informe anual sobre tendencias migratorias, para contrastar las cifras y la realidad que reflejan con el uso que de ellas hacen los periódicos. Ya lo dijo Mark Twain: «There are three commonly recognised untruths: lies, damn lies, and statistics: Hay tres formas reconocidas de faltar a la verdad: mentiras, mentiras malditas, y estadísticas». Los periodistas (y los políticos) somos expertos en faltar a la verdad usando estadísticas.

Por último, me gustaría concluir con algunas reflexiones sobre las implicaciones de este debate para España. La inmigración empieza a ser un factor de preocupación para los españoles. Los incidentes recientes en Ceuta y Melilla, con cientos de africanos dejándose la piel en las vallas de la frontera, fueron mucho más que una metáfora de la colisión de dos mundos. Los naufragios de pateras también han entrado en el día a día de la realidad española. No es mi propósito diseñar una política de inmigración para España. Pero España, que apenas ha empezado a ser un país de acogida, tiene mucho que aprender del debate que se está forjando en el resto de Europa.

#### LA PRENSA INGLESA Y LA INMIGRACIÓN

Los inmigrantes han sido un blanco constante de la prensa británica desde hace más de un siglo. En el siglo XIX y principios del siglo XX lo fueron los irlandeses y judíos. A mediados de los años 50 los artículos racistas e incendiarios se centraron en los caribeños, con reportajes exagerados de la peligrosidad y violencia de los recién llegados.

Enoch Powell, un político conservador que fue expulsado de su partido por racismo, alentó a la prensa más sensacionalista de seguir en esta senda con un discurso notorio en 1968, donde pronosticaba «ríos de sangre» y la desaparición de la raza anglo-sajona si el gobierno no paraba la inmigración negra de las antiguas colonias británicas del Caribe.

El discurso de Powell le dio una excusa perfecta para que los periódicos siguieran alentando el miedo al inmigrante. La narrativa anti-inmigrante se justificaba con la excusa de que los periódicos meramente reflejaban las preocupaciones y las angustias de millones de ingleses.

Desde los años cincuenta, periódicos británicos han denunciado «una crisis creciente» por la «inmigración descontrolada», la incapacidad de gobiernos sucesi-

vos de atender estas crisis, el impacto negativo sobre la «cultura británica», y la carga al contribuyente que significa la llegada de tantos inmigrantes.

Lo único que cambia a lo largo de los años es el blanco de los periódicos populistas: en los años 50 fueron los caribeños. En los 60 y 70, los indios, pakistaníes y africanos de Uganda y Kenya. En los 80 y 90, la llegada de refugiados de Europa del este y de las guerras de los Balcanes.

En los últimos siete años el blanco son los que buscan asilo político. Forman otra minoría, aunque no tan fácilmente identificada racialmente como las anteriores. Un estudio realizado por Roy Greenslade, del Institute of Public Policy Research, «Seeking Scapegoats: The Coverage of Asylum in the UK press», (La Búsqueda de Chivos Expiatorios: reportajes sobre Asilo en la prensa británica) demuestra que en la mayoría de los periódicos británicos el refugiado político es retratado como un estafador –a «bogus» or illegal asylum seeker<sup>3</sup>.

Y no son sólo los periódicos populistas.

La BBC despidió a Robert Kilroy-Silk, un ex-diputado laborista en el parlamento europeo y uno de sus presentadores más conocidos por el Show de Kilroy en la televisión estatal, después de que éste publicara un artículo de opinión en el Sunday Express, un periódico con 800.000 lectores, que retrataba a árabes como «suicide bombers, limb amputators, women repressors». («bombarderos suicidas, desmembradores y represores de mujeres»).

Mientras que Kilroy Silk insistía en su libertad de expresión, y hacía uso de su popularidad para justificar sus comentarios, la BBC canceló su programa televisivo y lo echó a la calle por sus declaraciones racistas.

Los periódicos populistas no tienen ningún reparo en publicar noticias inventadas sobre refugiados políticos. Es el caso de The Sun, con una tirada diaria de casi 3 millones doscientos mil ejemplares, que publicó en portada que refugiados de Europa del Este mataban a cisnes del río Támesis para después asarlos en barbacoas. Esta noticia fue «imitada» por el Daily Star, que vende cerca de 800.000 copias diarias, que publicó que refugiados somalíes estaban cazando burros en el parque de Greenwich, también para comérselos.

Hay otras campañas de difamación. La más corriente es la que acusa a los asilados políticos de acaparar los servicios sociales y la sanidad pública de los ingleses. Luego hay campañas alarmistas: los inmigrantes son un riesgo para la salud de los británicos, ya que traen consigo enfermedades como el Sida o la tuberculosis. No hay mal que no se les haya atribuido. Los inmigrantes, son, en definitiva, los chivos expiatorios de la sociedad británica.

<sup>3</sup> Seeking Scapegoats: the coverage of asylum seekers in the UK press, by Roy Greenslade, Institute of Public Policy Research. [www.ippr.org](http://www.ippr.org).

¿Pero cuánto de esto refleja la realidad? Yo prefiero que Uds. juzguen. Aquí tenemos un gráfico de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, que muestra claramente cómo ha bajado el número de refugiados políticos en toda Europa desde mediados de los 90, cuando hubo muchos refugiados por la guerra en los Balcanes<sup>4</sup>.

Mi conclusión es que hay mitos y falsedades que los periódicos tienen interés en perpetuar. Ya veremos más adelante por qué.

La prensa británica también ha caído en la tentación de establecer un vínculo entre refugiados o inmigrantes y el terrorismo de inspiración islámica. Fue el caso de the Daily Express, con 800.000 ventas diarias, que publicó en portada la detención de dos asilados lituanos sospechosos de pertenecer a Al Qaeda y de planificar un atentado contra el primer ministro Tony Blair. La policía británica sacó un desmentido. La detención de los dos hombres no estaba vinculada con temas de seguridad, ni ningún complot de asesinato. Pero, como todos sabemos, los desmentidos nunca tienen el mismo impacto que una noticia bomba, por muy falsa que sea.

Después de los atentados en Londres, toda la prensa populista se lanzó contra las comunidades musulmanas radicadas en la capital –que recibió un nuevo apodo: Londonistán.

De la noche a la mañana, lo que había sido un motivo de orgullo para muchos londinenses se transformó en una amenaza. El hecho de ser una metrópolis cosmopolita, una verdadera capital del mundo, donde el alcalde publica sus bandos en inglés, árabe, bengalí, chino, griego, gujerati, hindi, punjabi, turco y urdí, y hay documentación disponible en 30 idiomas distintos –dejó de ser una fuente de riqueza para ser un síntoma del descontrol inmigratorio que había facilitado la inculcación de ideologías integristas dentro de la sociedad.

Para que se den una idea del tipo de noticias incendiarias sobre la inmigración, he fotocopiado algunas portadas de ediciones de este año, que ahora voy a distribuir en el auditorio. Los titulares hablan por sí mismos: «We can't keep out terrorists» – «No podemos impedir que terroristas entren en nuestro país»– del Sunday Express, que hace un vínculo expreso entre inmigración ilegal y terrorismo. «You can't kick out clerics of hate» (No se puede expulsar a predicadores del odio). «Un millón de nuevos inmigrantes».

Centrémonos en esa cifra. Proviene de un estudio del Institute of Public Policy Research «Beyond Black and White: mapping new immigrant communities» –«más allá de blanco y negro. Un mapa de las nuevas comunidades de inmigrantes».

Este estudio, ampliamente positivo sobre la inmigración, calcula que la mitad del incremento de la población británica –unos 2 millones 200.000 habitantes entre

<sup>4</sup> Trends in International Migration, OECD, pag. 40.

1991 y 2001— se puede atribuir a la inmigración. Y que este flujo ha aumentado la población inmigrante del 6 por ciento al 7.5 por ciento del total<sup>5</sup>.

¿Bueno? ¿Malo? Malo para los periódicos sensacionalistas.

Bueno para los economistas, que calculan que los inmigrantes son contribuyentes netos al erario público —y que contribuyeron un 0.4 por ciento del PIB al crecimiento económico. El estudio demuestra que dos tercios de los inmigrantes están empleados, y que muchos más lo harían si el gobierno eliminara las restricciones que prohíben a los solicitantes de asilo político —más o menos 700.000 personas— trabajar mientras se procesan sus peticiones.

Luego hay otras datos interesantes sobre los que muchos periódicos hacen la vista gorda. Hay más inmigrantes estadounidenses en Gran Bretaña, por ejemplo, que inmigrantes de Bangladesh. Pero a los periódicos jamás se les ocurriría publicar artículos incendiarios contra los norteamericanos.

¿Cómo se pueden publicar tantas mentiras y medias verdades en un país que se cree civilizado y tolerante? Hay leyes que prohíben el uso de lenguaje abiertamente racista, como también existen varias comisiones que velan por los estándares del periodismo.

Pero la prensa se escuda con el argumento de que publican noticias de «interés público» —lo que a su vez refleja una distorsión de este concepto. Es un círculo vicioso, en el cual los prejuicios que existen en un sector de la población se refuerzan con la publicación de información sesgada, distorsionada, o simplemente falsa. Los periódicos mantienen vivo el racismo y el miedo a inmigrantes porque esto a la vez ayuda a vender más periódicos.

Y eso es lo que más importa en Gran Bretaña, que tiene el mercado más amplio de periódicos de toda Europa. Son 29 de tirada nacional, de los cuales sólo 5 —el Financial Times, The Independent, The Times, The Guardian, y el Daily Telegraph— son considerados «quality dailies» —periódicos de calidad, o serios. Pero su circulación está en declive, y todos juntos no suman 3 millones de lectores.

Los demás periódicos, liderados por The Sun y The News of the World, dos periódicos de Rupert Murdoch, el magnate australiano, son «tabloides», populistas y, en su inmensa mayoría, de corte conservador. Sus tiradas suman 14 millones de lectores diarios, de acuerdo con cifras auditadas por el Audit Bureau of Circulations, una empresa de auditoría de medios.

La habilidad de la prensa para influir en el debate político es alta, y no se limita a los periódicos de calidad. La primera victoria de Tony Blair, el líder laborista, en 1997 se atribuye, entre otros factores, al haber conseguido el apoyo de los periódicos

<sup>5</sup> Beyond Black and White: mapping new immigrant communities, IPPR.

de Rupert Murdoch, incluyendo el Times, el Sunday Times, The Sun y el News of the World.

No hay que subestimar la prensa sensacionalista a la hora de entender cómo se forja el debate nacional en Gran Bretaña.

Pero además, el tema de la inmigración es quizás único en que no respeta las tradicionales divisiones de derecha e izquierda. A su favor están los liberales en el sentido económico –los que apoyan el libre comercio, la globalización y la libertad de movimiento de trabajadores– y la «nueva izquierda», preocupada con el respeto a la diversidad étnica, los derechos humanos, el desarrollo en el tercer mundo. En su contra están grupos conservadores de derechas –que tienen su portavoz en la prensa sensacionalista– preocupados con su «little England» y la vieja izquierda –que proviene del movimiento sindical, que se preocupa con el impacto de tantos inmigrantes sobre los empleos de los ingleses, especialmente los poco cualificados.

Aquí está una reflexión típica de una columnista de izquierdas, Polly Toynbee, escribiendo en el Guardian. Una persona que no se define como racista:

«Es de espanto», dice ella, «que 30.000 de los 70.000 contratados para trabajar sobre las obras de infraestructuras para las Olimpiadas del 2012 sean europeos del este, y no londinenses pobres». ¿Por qué no se está dando las mismas oportunidades para gente desempleada de la ciudad?<sup>6</sup>

Después de los atentados del 7 de Julio hay otro debate que se ha sobrepuesto al de la conveniencia o no de la importación de mano de obra barata (y a veces más cara, como es el caso de los canadienses, suecos, estadounidenses y alemanes que trabajan en Londres). Y ese es el tema de la integración.

Boris Johnson, un miembro del parlamento británico y director del Spectator, una revista semanal de debate, más bien de derechas, expresa bien el desasosiego y desconcierto de muchos británicos al descubrir que los cuatro terroristas eran nacidos en Yorkshire, en el norte de Inglaterra.

«Qué diablos pasa con nuestro país», escribe en una columna editorial. «De todas las revelaciones estremecedoras de estos últimos días, la peor ha sido que los suicidas eran británicos. Eran los nuestros. Y este hecho estremecedor nos cuenta algo alarmante acerca de ellos y acerca de nosotros. Porque, como terroristas suicidas, son poco usuales. Los palestinos que se imolan en Tel Aviv provienen de chabolas miserables de

<sup>6</sup> Polly Toynbee, The Guardian, 11 Octubre 2005. Of course the wealthy want an immigration free-for-all: The use of cheap foreign labour may boost our GDP, but it enriches the well-off at the expense of the low-paid. [www.guardian.co.uk](http://www.guardian.co.uk).

Nablus o Hebron. Los pilotos suicidas que atacaron las Torres Gemelas eran en su mayoría árabes de Arabia Saudí. Pero nosotros tenemos la distinción dudosa y única de haber engendrado a suicidas que quieren atacar a la sociedad que los ha engendrado. Y me pregunto por qué. ¿Por qué Estados Unidos ‘importa’ a sus terroristas suicidas, mientras que nosotros tenemos producción propia?»<sup>7</sup>.

Es una pregunta crucial para entender dónde ha fallado el modelo de integración británica –si es que el fallo está en el modelo, y no en políticas más recientes, como el apoyo de Tony Blair a la guerra de Iraq, y la gran publicidad que se ha dado en medios integristas, difundida por internet, a la represión interna en ese país.

Desafortunadamente, la respuesta que da el Sr. Johnson no es convincente. Él quiere que los británicos sean más patrióticos, que se enseñe más patriotismo en las escuelas, que juren la bandera como los americanos. Pero yo me pregunto, ¿y con eso se resuelve el asunto?

No hay respuestas claras, porque no hay consenso sobre el alcance de la integración. ¿Es Gran Bretaña un país más o menos integrado que hace 10 años?

Un estudio de la Universidad de Manchester, basado en censos municipales y electorales, concluye que Inglaterra y Gales están más integrados desde el punto de vista étnico que hace 10 años. No hay ghettos, dice Ludi Simpson, el autor del estudio. Hay un incremento en la población de minorías étnicas, pero más por nacimientos que por inmigración. Y en muy pocos municipios la población de etnias extranjeras sobrepasa el cincuenta por ciento del total<sup>8</sup>.

Y sin embargo, Trevor Phillips, líder de la Comisión para Igualdad Racial –probablemente la institución más respetada en temas de integración– es crítico con lo que él llama complacencia británica frente a la segregación emergente de la sociedad británica. «El hecho es que nos estamos transformando en una sociedad que, casi sin notarlo, se está dividiendo cada vez más por raza y religiones. Somos una sociedad cada vez menos igualitaria en terminos de etnicidad»<sup>9</sup>.

Hay comunidades, escuelas, barrios, que se están aislando del resto de la sociedad. En Bradford, el número de pakistaníes viviendo en ghettos se ha triplicado desde 1990. La segregación étnica empieza a asemejarse a ciertas ciudades de Estados Unidos, dice el Sr. Phillips.

<sup>7</sup> Boris Johnson, The Daily Telegraph 14 Julio 2005. This is a turning point: we have to fly the flag for Britishness again [www.telegraph.co.uk](http://www.telegraph.co.uk).

<sup>8</sup> Measuring Residential Segregation, by Dr Ludi Simpson, Cathie Marsh centre for census and survey research, University of Manchester. [www.ccsr.ac.uk/research/migseg.htm](http://www.ccsr.ac.uk/research/migseg.htm)

<sup>9</sup> Vikram Dodd, The Guardian, 15 Noviembre 2005, Racial integration increasing, study shows.

«Una sociedad dividida no alcanza su potencial», dice el Sr. Phillips. «También es una sociedad peligrosa, porque alimenta la intolerancia racial, los disturbios, y, como vimos en Julio, el terrorismo».

El Sr. Phillips es crítico de la política del multiculturalismo, una filosofía haragana que empieza por definir a las personas como diferentes y luego las trata de una forma diferente.

Pero, ¿cuál es la alternativa? Los franceses –por lo menos hasta los disturbios de Noviembre– consideraban su modelo de integración, basado en la igualdad de todos los ciudadanos, muy superior al modelo británico. Pero el ideal de un Estado laico y ciego a las diferencias raciales o religiosas de sus ciudadanos se ha derrumbado con la explosión de ira en los suburbios de París.

Quizá fuese necesario esta violenta llamada de atención para que los franceses se dieran cuenta de la enorme brecha que existe entre su ideal de sociedad, la *laïcité* practicada a rajatabla, y la desigualdad y actitudes racistas que existen a plena vista.

En Francia no existen leyes contra la discriminación racial, como las hay en Inglaterra, porque todos los ciudadanos son iguales ante la ley. Por eso, cuando un magrebí manda dos currículos a un empleador en potencia, uno con su nombre real y el otro con un nombre (y *arrondissement*) de un francés blanco, no puede quejarse frente a un juzgado cuando la carta del francés inventado recibe una respuesta afirmativa, pero la del magrebí es rechazada. En Inglaterra ese mismo empleador se enfrentaría con sanciones penales.

La autocrítica está de moda, y toda la prensa francesa, como gran parte del mundo político, se ha abandonado a ella con fervor. La prensa descubre que no hay caras negras entre sus filas y se flagela por no haber tomado medidas más enérgicas para incluir a más minorías entre sus filas. No hay diputados de minorías étnicas en la Asamblea Francesa que no provengan de los territorios de ultramar. No hay ningún musulmán en la Asamblea, en un país de 5 millones de musulmanes.

Nicolás Sarkozy, el ministro del interior, habla de la necesidad de crear un «Islam Francés», con mezquitas patrocinadas por el Estado y clérigos que sean tan franceses como musulmanes. Ha prometido más recursos y fondos para la educación y empleo de jóvenes de los barrios más afectados por la segregación racial. Quizás, eventualmente, también acepte leyes contra la discriminación racial.

Es necesario subrayar lo revolucionario de la propuesta de Sarkozy –que rompe con las tradiciones de más de 200 años de historia de la república francesa y el principio de *laïcité*– la separación rigurosa entre estado e iglesia.

Quizás los franceses se estén haciendo más pragmáticos, a la británica. Y quizás los británicos estén reconociendo que tienen que ser más enérgicos en inculcar valores comunes –a la francesa– entre su ciudadanía tan diversa, su «commonwealth» de naciones.

Hay puntos a favor de las dos tradiciones, que tienen profundas raíces históricas. El modelo multicultural británico ha permitido, por ejemplo, una mayor visibilidad de las minorías étnicas en la vida pública. Hace más de 20 años que existen reporteros y presentadores de noticias de minorías étnicas en Inglaterra. En términos de representación política, hay 12 miembros del parlamento y 24 lores que provienen de minorías étnicas.

En contra del modelo británico están las preocupaciones del Sr. Phillips: hay segregación y aislamiento de comunidades étnicas.

Pero el modelo francés tampoco ha conseguido impedir la segregación. Los dos modelos no han impedido explosiones de ira y disturbios raciales, en Inglaterra como en Francia. Y ninguno de los dos modelos han sido particularmente eficaces en la lucha contra el fanatismo religioso, o el integrismo islámico.

El modelo británico, más *laissez-faire*, parece producir más movilidad social y económica, pero también más indiferencia a la existencia de ghettos. El modelo francés da menos espacio al radicalismo, pero no es capaz de promover la movilidad social.

¿Cómo enfrentar las deficiencias de ambos modelos? Francia, de acuerdo con el Institut Montaigne, critica el hecho de que Francia «no se reconoce como una nación pluri-étnica» y pide que se adopten medidas y programas que reflejen su diversidad cultural y la necesidad de ayudar a las comunidades más abandonadas con medidas de discriminación positiva, a la norteamericana.

Los ingleses también empiezan a dar pasos para corregir las deficiencias de su modelo. Inmigrantes que quieran naturalizarse ahora necesitan seguir clases de ciudadanía, del idioma inglés y de historia inglesa. Trevor Phillips quiere una política mucho más activa e intervencionista para fomentar la integración. «Para hacer la idea de un musulmán británico una realidad hay que poner tanto énfasis en la parte británica como la musulmana».

¿Y qué rol tendría que jugar mi profesión en todo esto? Cito a un editorialista de *The Australian*, escribiendo esta semana sobre los disturbios raciales en Sidney<sup>10</sup>.

«¿Fueron los medios responsables por esta desgracia? La respuesta es no. Pero si la pregunta es «¿ayudaron los medios a encender las tensiones subyacentes, y luego abanicaron el fuego? Entonces la respuesta es sí».

El editorialista critica al *Australian* por haber publicado los SMS que anunciaban el lugar y la hora de los encuentros de las protestas. Y también critica a los presentadores de radio, casi todos de derechas, que manipulan a sus oyentes y emi-

<sup>10</sup> Mark Day, *The Australian*, 14 Diciembre 2005, [www.theaustralian.news.com](http://www.theaustralian.news.com).

ten opiniones incendiarias. Puede que este tipo de radio tenga muchos oyentes, pero no es democrático. El derecho a la libertad de expresión nunca debe faltar al respeto a la ley.

Finalmente, unas palabras sobre la relevancia de este debate para los españoles. Hay una oportunidad enorme para que España aprenda de los errores de sus vecinos, que han convivido con fenómenos migratorios por más de cincuenta años.

En primer lugar, España necesita diseñar una política mucho más pro-activa que determine qué tipo de inmigración necesita. No basta con las regularizaciones periódicas y las amnistías.

Miren este gráfico<sup>11</sup>. Verán que la contratación de mano de obra extranjera en España se acelera de forma mucho más rápida que la contratación de ciudadanos españoles. En otros países, las dos líneas van más parejas, lo que significa que la captación de empleo está mucho más equilibrada.

El desequilibrio en el caso de España podría traer problemas sociales fuertes en el futuro –si existiera una desaceleración fuerte de la economía, y una subida brusca del desempleo. ¿Qué haría España entonces con todos sus inmigrantes? Expulsarlos es costoso, poco solidario, y generaría una tensión social brutal. Y si no se expulsan, ¿cómo reaccionarían los españoles desempleados?

España tiene todavía algunos años para pensar cómo daría solución a ese problema si se encontrara en esa encrucijada, y a mi modo de ver, empieza con un reparto más equitativo del empleo, y el fomento de empleo entre mujeres y jóvenes, donde la participación aún es muy baja comparada con otros países de Europa.

En segundo lugar, hay que evitar la indiferencia a la inglesa ante la integración de sus comunidades de inmigrantes. El gobierno catalán, por ejemplo, ya ha identificado distritos de cuatro o cinco ciudades donde se están engendrando ghettos de inmigrantes, y empieza a destinar recursos – escuelas, servicios sanitarios, mejoras de barrio, para detener la segregación y fomentar la igualdad. Es un buen comienzo, y un ejemplo de políticas preventivas que quizás impidan un mal mayor.

España ya tiene 4 millones de inmigrantes, pero se habla poco de cómo integrarlos. Hay conciencia de que los inmigrantes de religión musulmana, sean africanos o magrebíes, necesitan un esfuerzo especial del país de acogida para que su integración sea exitosa.

Pero no hay la misma conciencia con respecto a los latinoamericanos. Se asume que los suramericanos se integrarán solos, sin un esfuerzo del país de acogida, porque hablan el mismo idioma y comparten la misma cultura y religión. Yo no veo mucha igualdad en el trato diario entre españoles y suramericanos. Y fingir que no

<sup>11</sup> Trends in International Migration, OECD, pag 61.

hay sentimientos de rechazo es caer en el mismo error que llevó a los disturbios de los barrios de París. No ahora, pero quizás en 20 años.

Sin embargo, no hay nada de inevitable en esas profecías. Decía al principio que no hay soluciones homogéneas al reto de la integración, porque no hay realidades homogéneas. España vivirá su proceso en el siglo XXI, como los franceses, los alemanes y los ingleses en el siglo XX. Hay que aprender del pasado. Pero el futuro aún está por construir.

Muchas gracias.

Jueves 14, Diciembre 2005. La Voz de Galicia.

**JORGE JUAN**

**Conferencia de la corresponsal en España del «Financial Times»** ■ La cátedra Jorge Juan acoge mañana, a las 19.30 horas, una conferencia de Leslie Crawford, corresponsal en España para el *Financial Times*. La periodista hablará sobre el debate de la inmigración en Europa.

Viernes 16, Diciembre 2005. La Voz de Galicia.

**La inmigración a debate ■**

La palestra de la cátedra Jorge Juan fue testigo ayer de un debate de altura. *La inmigración en Europa*, que así se titulaba su ponencia, fue el tema elegido por **Leslie Crawford**, quien lleva 15 años vinculada al *Financial Times*, diario del que es corresponsal en España desde el 2000.



MARÍA VILLAR

La periodista Leslie Crawford habló en la cátedra Jorge Juan

Viernes 16, Diciembre 2005. Diario de Ferrol.

CÁTEDRA JORGE JUAN

La periodista del Financial Times Leslie Crawford ofreció ayer en Ferrol, dentro del ciclo de conferencias de la Cátedra Jorge Juan, un detallado análisis del actual debate europeo en torno a la inmigración. Crawford, corresponsal jefe en Es-

paña del diario británico, explicó a los asistentes los diferentes modelos de integración de países como Francia, Gran Bretaña u Holanda y los problemas que se plantean tras conflictos como la revuelta en los suburbios franceses o el atentado

terrorista en Londres. El debate abierto en estos países, según Crawford, puede servir de ejemplo para España, en donde el fenómeno de la inmigración es más reciente, y debe hacer reflexionar sobre el papel de los medios de comunicación.

# “Nuestra convivencia futura depende de la respuesta que demos al reto de la inmigración”

Leslie Crawford es corresponsal jefe en España del periódico inglés Financial Times

M.J. RICO • FERROL

Los recientes disturbios en los suburbios de las grandes ciudades francesas o el atentado terrorista en Londres han abierto un debate en la mayoría de los países europeos -sobre todo en los que tienen una mayor tradición en la acogida de inmigrantes- centrado en el modelo de integración de estos colectivos. Tanto la política inglesa de multiculturalidad como la francesa de asimilación de los nuevos habitantes han demostrado ser imperfectos y plantean nuevos interrogantes respecto al “tema social más apremiante y más importante de la Europa de hoy”, aseguró Crawford. “Vivimos en un mundo globalizado y la inmigración se puede controlar pero no se puede parar”.

“Nuestro futuro y la convivencia de nuestros hijos dependerá en gran parte de las respuestas que demos a estos retos”, explicó la periodista. “No puede haber sólo una solución para todos los inmigrantes y tampoco una única para todos los países de Europa. No hay una respuesta homogénea porque no hay una realidad homogénea”, aseguró. Este interesante y vital debate “se complica cuando está altamente politizado y cuando no existe un consenso sobre si la inmigración es un fenómeno bueno o malo”. Por eso, explicó Crawford, es tan importante



Leslie Crawford, en la imagen, apoyó su intervención con abundante material audiovisual

CARLOS CABALLERO

la implicación de la prensa de forma responsable. Algo que mayoritariamente ocurre en Francia pero no en Gran Bretaña. Allí, “la prensa popular -la de mayor tirada- está marcando la pauta del debate de una forma extremadamente sesgada, alentando el odio y el miedo. Se inventan y se publican

“La prensa popular británica se inventa y publica historias para mantener vivo una especie de odio racial”

historias que son mentira para mantener vivo una especie de odio racial que no ayuda absolutamente nada”.

Leslie Crawford aportó datos que demontan las extendidas teorías de que la inmigración deteriora la calidad de vida de los países de destino y que contradicen

las tesis mantenidas por los diarios británicos más leídos. En su intervención habló también de la actual situación española, donde el fenómeno es más reciente. “España, que apenas ha empezado a ser un país de acogida, tiene mucho que aprender del debate que hay ahora en Europa”.